

Autor: Abilio Ayuso

LA PAYASA

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



A veces podemos hacer el bien sin esperar beneficio alguno, como a fondo perdido, pero el karma queda a nuestro favor, y ese bien puede revertir en nosotros cuando más lo necesitemos.

A Victoria siempre le había encantado divertir al prójimo, su mayor felicidad era cuando lograba arrancar carcajadas o como mínimo sonrisas.

Se decía a sí misma que: En un mundo en que lo único que podemos aguardar con certeza es la degradación y la muerte, lo que realmente vale la pena en esta vida es el amor y la alegría, y como ella no podía amar a todo el mundo, al menos físicamente, pues procuraba hacerles reír.

Junto con otras dos amigas creó un grupo que se hacía llamar: ‘Las Pallasungas’, con el cual iban sobreviviendo. Actuaban en cumpleaños infantiles, comuniones y ya puestas en plan más sexy, en bodas e incluso despedidas de solteros.

Algunos días en que no había trabajo, Victoria actuaba de forma gratuita en hospitales infantiles.

Para ella, arrancar una sonrisa de niños que en algún caso incluso estaban desahuciados, era la mejor de las ganancias.

Consecuentemente, trabó una buena amistad con la doctora jefa y la enfermera directora de planta, que le explicaban las características de cada niño para que le fuera más fácil abordarles.

Aquel día la llevaron al despacho y la doctora le explicó: “Hoy tenemos un caso muy difícil para ti”.

“Bueno, no será el primero”.

“Es un niño de once años superinteligente, hasta hace poco estaba terminando dos carreras universitarias, tiene un cáncer que no es terminal, podríamos curarle, pero ha decidido que la vida no vale la pena y no desea sufrir más y quiere dejarse morir, contra ello no hay medicina que pueda. Sería maravilloso que le dieras un motivo para seguir viviendo, pero no te resultará fácil, en algunos aspectos su mente está más avanzada que la de algunos doctores de aquí, por tanto, no te serán útiles las payasadas típicas”.

“Lo entiendo, una mezcla de niño y premio Nobel, haré lo que pueda”.

Victoria preparó mentalmente una actuación mezcla de las que hacía para niños más mayores y las despedidas de solteros, se quitó la nariz roja, el gorro y el despertador de la muñeca, también prescindió del sujetador y desabrochando los botones de su camisa la anudó al estilo pirata, se las apañó para dejar su falda un palmo más corta y sustituyó los zapatongos de dos palmos por otros de medio tacón. Respecto a su cara, rebajó el colorete y cambió la estrafalaria pintura de sus labios por otra más sexy.

Al acabar, parecía más una chica de vida alegre que una payasa, pero pensó que eso le permitiría colarse en el caparazón negativo que seguramente presentaría el muchacho.

Entró decididamente ella sola en la habitación del chico, que se sorprendió al verla, y le dijo: “Hola, soy Victoria, ¿Y tú quien demonios eres?”.

“Bueno, yo... Percival”.

“Jua, jua, que chorrada de nombre, pues yo puedo hacer de Ginebra y montamos el número de los caballeros de la mesa redonda tú y yo solos, y el rey Arturo que se jorobe”.

“Todo eso está muy bien, pero: ¿Me puedes explicar que haces en mi habitación?”.

“Muy sencillo, me contratan para hacer de payasa con los niños más pequeños, pero al final me aburro, me quito el disfraz, y como tengo permiso para recorrer todas las estancias del hospital, me dedico a chafardear por mi cuenta, me ha sorprendido que te tuvieran en una habitación aislado y me puede la curiosidad de ver que bicho raro eres”.

“No estoy aislado por bicho raro, soy lo bastante listo para adaptarme a compartir con niños más simples, me tienen aislado porque me voy a morir y no quieren que los otros se depriman”.

“Huuu, que derrotista, me voy a morir, yo también me voy a morir, como todos, lo importante es cuando, y que es lo que haré mientras tanto”.

“Si, pero tú tal vez te mueras dentro de setenta años y en ese tiempo podrás hacer muchas cosas, mientras que yo no veré las próximas navidades, y en ese breve lapso: ¿Qué podré hacer aquí metido?”.

“¿Y qué es lo que realmente te gustaría hacer?”.

“Te voy a ser brutalmente sincero, yo nunca conoceré el amor, me gustaría que antes de que muera, me dieras un beso de amor, de esos largos y profundos de los que se ven en las películas que no me dejan ver, pero yo pirateo”.

“Uff, que fuerte, no sé si eso es legal, no me gustaría que me acusaran de abusar de ti”.

“Nada de abuso, yo te lo he pedido, además aquí nadie nos ve”.

“Bien haré una cosa, le pediré autorización a la doctora, si ella lo permite... Encantada”.

“Victoria salió al pasillo, donde la esperaban expectantes la doctora y enfermera que le dijeron casi al unísono: “¿Que tal ha ido?”.

“Pues... No sé si demasiado bien, me ha pedido un beso de amor, como en las películas”.

“¿Y se lo has dado?”.

“Lo haría con gusto, es una monada de crío, pero no me atrevo, sería abusar de él, y eso es totalmente ilegal”.

La doctora la miró con semblante enojado y le dijo: “Hablemos de abusos y legalidades: Le limpiamos el culo y los testículos a menudo, y lo hacemos con dulzura, incluso le bajamos el prepucio completamente para limpiarle el glande, sin guantes, porque sabemos que le gusta de esa forma, además no tiene ninguna enfermedad contagiosa, si le cuesta defecar, antes de ponerle la lavativa, le meto un dedo con vaselina por el culo con toda suavidad, le encanta, ¿No piensas que todo eso también podría ser abuso porque lo podríamos hacer de una forma más práctica?”.

“Bien pero todo eso son prácticas sanitarias, hechas de una forma u otra, pero un beso no lo es”.

“¿Quién ha dicho que no?, es una ayuda psicológica. Para que estés más tranquila, si quieres extiende una parte en que recomiendo esa práctica y te solicito tu colaboración. Pero no se te ocurra darle un piquito, hazle un trabajo de artesanía con lengua, apasionado pero dulce”.

“Vale, si tú te atreves a escribirlo, yo me atrevo a hacerlo, pero una última cuestión, sois tan guapas como pueda ser yo o más, ¿Porque no le habéis besado vosotras?”.

“En principio porque nunca nos lo ha pedido, suponemos que nos ve como a una especie de mamás”.

Cuando Victoria volvió a la habitación, el rostro del muchacho se animó perceptiblemente al preguntar: “¿Te han autorizado?”.

Por toda respuesta Victoria acarició la cara del muchacho mientras acercaba los labios a los suyos, antes de que llegara él dijo en un susurro: “¿No te dará asco besar a un canceroso?”.

Ella contestó: “Calla tonto, si eres una monada, me encantas”. Justo antes de cerrarle la boca con el beso más dulce que había dado jamás.

Así estuvieron más de media hora, con pequeños intervalos en los que mantenían breves conversaciones.

“Como me gustaría ser mayor para poder hacer el amor contigo”.

“Pues eso puede suceder cuando cumplas la mayoría de edad en poco más de seis años”.

“¿Y tú querrías hacer el amor conmigo?”.

“¿Que no te estoy besando?, pues lo mismo, siempre que tu salud lo permitiera”.

“Ese es el problema, mi salud que me depara un mal futuro”.

“El futuro no existe como tal, lo vamos construyendo día a día, y hablando de eso, sino te mueres vendré a visitarte cada semana”.

“¿Me dejas pasar la mano por debajo de tu camisa?”.

“La próxima semana, prometido”.

Al salir de la habitación le hicieron unas señas desde el fondo del pasillo: “Ven, mira este gráfico, marca su presión sanguínea y ritmo cardíaco, fíjate que aumento mientras estaba contigo, sino hubiéramos sabido lo que estabais haciendo nos habría faltado tiempo para entrar corriendo a ver qué pasaba, ¿Como ha ido?”.

“Más que bien, me ha pedido acariciar mis tetas”.

“¿Y le has dejado?”.

“Le he prometido que la próxima semana”.

“Eso está genial, darle un motivo para seguir adelante”.

Así continuaron semana tras semana en la siguiente el niño le pidió que le mostrara los senos y ella respondió: “La próxima semana”.

En la siguiente le pidió besarle los pezones y la respuesta fue como siempre: “La próxima semana”, en cada visita el niño le solicitaba algo más y ella accedía, pero en diferido.

Le dio mucho apuro el día que para cumplir la promesa de la semana anterior tuvo que quitarse las bragas para permitir que él acariciara su pubis, de todas formas, no había problema porque al entrar ella cerraban la estancia con llave y ponían un letrero que decía: Tratamiento en curso, prohibida la entrada.

Cuando le pidió introducir dos dedos en su vagina le dijo: “Eso te costará uno o dos meses y sólo si me comunican que tu tratamiento da buenos resultados”.

“Eres una chantajista”.

“La voluntad tiene un gran poder, y quien algo quiere algo le cuesta”.

Pero el caso es que el crío mejoró, e incluso retomó los estudios que había dejado, así que ella tuvo que cumplir su promesa.

Cuando Percival exploraba su vagina con toda delicadeza exclamó con un suspiro: “Quien pudiera amarte al completo, pero dentro de seis años ves a saber lo que pasará”.

“Pues te hago un trato: Si la doctora me da permiso no esperaremos a que cumplas los dieciocho, lo haremos en esta misma cama en cuanto estés totalmente curado y te den el alta”.

“Eso no será tan fácil”.

“Ya sabes, fuerza de voluntad y seguir los tratamientos a rajatabla”.

Cuando Victoria le explicó el trato a la doctora ésta le preguntó algo angustiada: “¿Pero lo cumplirás verdad?, no quisiera que entrara en depresión y tuviera una recaída”.

“Claro que lo cumpliré, con el cariño que le tengo no será ningún problema”.

Pasaron dos años y Percival se recuperó por completo, ella no dejó de visitarle, y si alguna semana no podía, la siguiente iba dos días.

El día antes de darle el alta le trasladaron a una habitación de lujo, de las que reservaban para gente muy importante, allí dejaron que Victoria pasara con él toda la noche después de una excelente cena.

Con trece años el muchacho ya era un hombrecito, y aunque no fuera el amante perfecto cumplió bastante bien, y a Victoria le encantó la mezcla de ingenuidad y dulzura con que la trataba.

Después de aquello continuaron viéndose en alguna ocasión esporádica, e incluso repitieron prácticas amorosas en el apartamento de Victoria, pero la vida los fue separando, él marchó a estudiar a una universidad de Estados Unidos y ella, cuando su grupo de Pallasungas se deshizo a raíz de la boda de sus compañeras, se apuntó a trabajar en un circo itinerante.

A partir de entonces, la vida de Victoria no fue precisamente victoriosa, su primer novio, un compañero de espectáculo sudamericano, fue muy cariñoso al principio, para volverse machista y posesivo más adelante.

Lo primero que hizo fue prohibirle que actuara de payasa sexy, con lo cual tuvo que aparecer vestida de espantajo.

En cierto modo fue una suerte, porque con aquel atuendo y maquillaje no se notaban las marcas de los golpes que le proporcionaba a menudo.

Finalmente se cambió de circo sin previo aviso, aprovechando la coincidencia de otra compañía en un pueblo vecino.

El novio trató de perseguirla, hasta que el forzudo y los acróbatas le dieron una paliza de artesanía y se le quitaron las ganas.

En el segundo circo tuvo que aceptar unas condiciones muy limitadas, durante la función era la recibe-tartazos de nata del grupo de payasos y al acabar la limpiadora.

Pero lo peor era el trabajo penoso cuando tenían que montar y desmontar la carpa para desplazarse a otro pueblo.

Habló con el director, un viejo baboso, para pedirle unas condiciones y sueldo más digno y la respuesta fue que no habría problema si primero pasaba por su cama, evidentemente se quedó de limpiadora.

Pensó que su suerte había mejorado, cuando al coincidir en una gran ciudad con otro circo de mayor envergadura, le dio por acercarse a chafardear y conoció a un payaso que actuaba sólo, pero de una forma más elegante, su número romántico era pura poesía.

Estuvieron charlando hasta que él le comentó que tenía nuevas ideas y que ella encajaría perfectamente en un par de números que tenía pensados.

A Victoria le supo mal tener que despedirse de sus amigos, el forzudo y los acróbatas que tanto la habían ayudado en los malos momentos. Sin embargo, al jefe lo mandó directamente a la mierda después de decirle cuatro cosas muy feas.

En un circo de más categoría donde no necesitaba recoger las basuras, se sintió muy feliz, actuó de pareja con aquel payaso de prestigio cuyos números eran filosóficos y románticos y en ellos no existían los tartazos en la cara.

De pareja en la pista pronto pasaron a serlo en la vida real, así pasaron cinco años hasta que, el mismo día en que Victoria cumplía treinta años, su novio y compañero de pista la abandonó por una veinteañera más exótica que ella.

Se quedó sola y deprimida, tanto en el trabajo como en la vida, trató de rehacer los números adaptándolos a una actuación en solitario, pero no era nada fácil.

Al cabo de cinco meses el director la llamó para comunicarle que la del día siguiente sería su última actuación, una mujer de payasa en solitario no tenía el éxito que el nivel de aquel circo demandaba. Sin embargo, podía quedarse unos días en su remolque hasta que encontrara otra cosa.

Al acabar la última función se quedó llorando sola en su carromato camerino, sin cambiarse y dejando que las lágrimas estropearan la pintura de su rostro, oscuras ideas de suicidio rondaban por su mente como negros fantasmas.

Apenas se dio cuenta de que llamaban a su puerta hasta que entró un muchacho muy elegante con un enorme ramo de flores, que como toda presentación le dijo: “Permite que te muestre mi admiración por tu actuación con este bello ramo, que sin embargo palidece ante tu hermosura”.

Se quedó sin saber que decir, hubiera mandado a paseo a cualquiera que hubiera entrado, pero se sentía incapaz de hacerlo con aquel guapo muchacho que le regalaba aquel precioso ramo acompañado de palabras tan dulces. Se limitó a responder: “Gracias, ojalá todo el mundo pensara como tú, pero hoy ha sido mi última actuación, me han despedido y no sé qué haré ni donde iré”.

“Bien, ¿Y por qué no vienes a vivir conmigo?”.

El rostro de Victoria se volvió más severo mientras contestaba: “A ver muchacho, entiendo que te hayas encaprichado de mí, pero yo no me acuesto con el primero que llama a mi puerta”.

“¿Porque no Victoria?, no sería la primera vez que te acuestas conmigo y hacemos el amor, ¿Acaso me has olvidado?”.

Las neuronas de ella rechinaron durante unos segundos hasta que se levantó gritando “¡Percival!, ¿Qué haces aquí y como me has encontrado?”.

Mientras se fundían en un enorme abrazo y fuertes besos que dejaron hondas trazas de pintura en cara del chico, ella no paraba de repetir: “Mi niño bonito, cómo has crecido, que guapo estás”, para acabar diciendo: “Pero explica, ¿Cómo me has encontrado?”.

Él confesó: “No es que te haya encontrado, siempre he seguido tu carrera y vicisitudes, incluso hackeando cuentas privadas si era necesario, sin embargo, no quería entrometerme en tu vida, hasta hoy, en que he pensado que era preciso”.

“A ver caballerete, todo eso está muy bien, pero: ¿Qué dirán tus padres, tus amigos y familiares o tu novia si una mujer diez años mayor que tú se pone a compartir tu vida?”.

“Nadie dirá nada, porque a nadie le debo nada, no tengo novia porque nunca he hallado una mujer que me quiera con el desinterés que tú lo hiciste, además te debo la vida, ósea que siempre te he considerado mi novia, aunque tú no lo sepas. En cuanto a que seas diez años mayor... A quien no le guste, que le den por culo, ¿Porque está bien visto que el hombre sea diez años mayor y no al revés?, machismo puro”.

“Bueno, ¿Y de que viviremos?, porque yo sólo sé hacer de payasa”.

“Sin duda recordarás que de niño era un genio”.

“Por supuesto que lo recuerdo”.

“Pues lo he seguido siendo, pero muy práctico, he creado aplicaciones que me han dado más dinero del que podremos gastar en la vida, ahora, con apenas unas horas de trabajo a la semana puedo seguir ganando más que un torero”.

“¿Y qué harás con tanto tiempo libre?”.

“Ser feliz contigo y hacerte feliz, así que despídete de quien haga falta y recoge tus cosas, he traído el todoterreno por si necesitabas cargar muchas maletas”.

“No hará falta, los trastos de payasa aquí se quedan, comienzo una nueva vida, digo adiós a mis compañeros y nos largamos”.

Una vez instalados en el imponente vehículo ella dijo: “Vámonos, ¿Pero a dónde?”.

“Te dejo escoger: La casa en una preciosa cala de la costa, o la que está cerca de las pistas de esquí o por último el ático en la parte alta de la ciudad. Y si no te apetece ninguna de las tres... Compramos algo que te guste”.

“De momento vamos a la ciudad, y respecto a que me apetezcan... Creo que contigo estaría a gusto en cualquier chiringuito”.

FIN ...